

PAUL VALÉRY

Y LA CRISIS DEL ESPIRITU

Crisanto DE LASTERRA

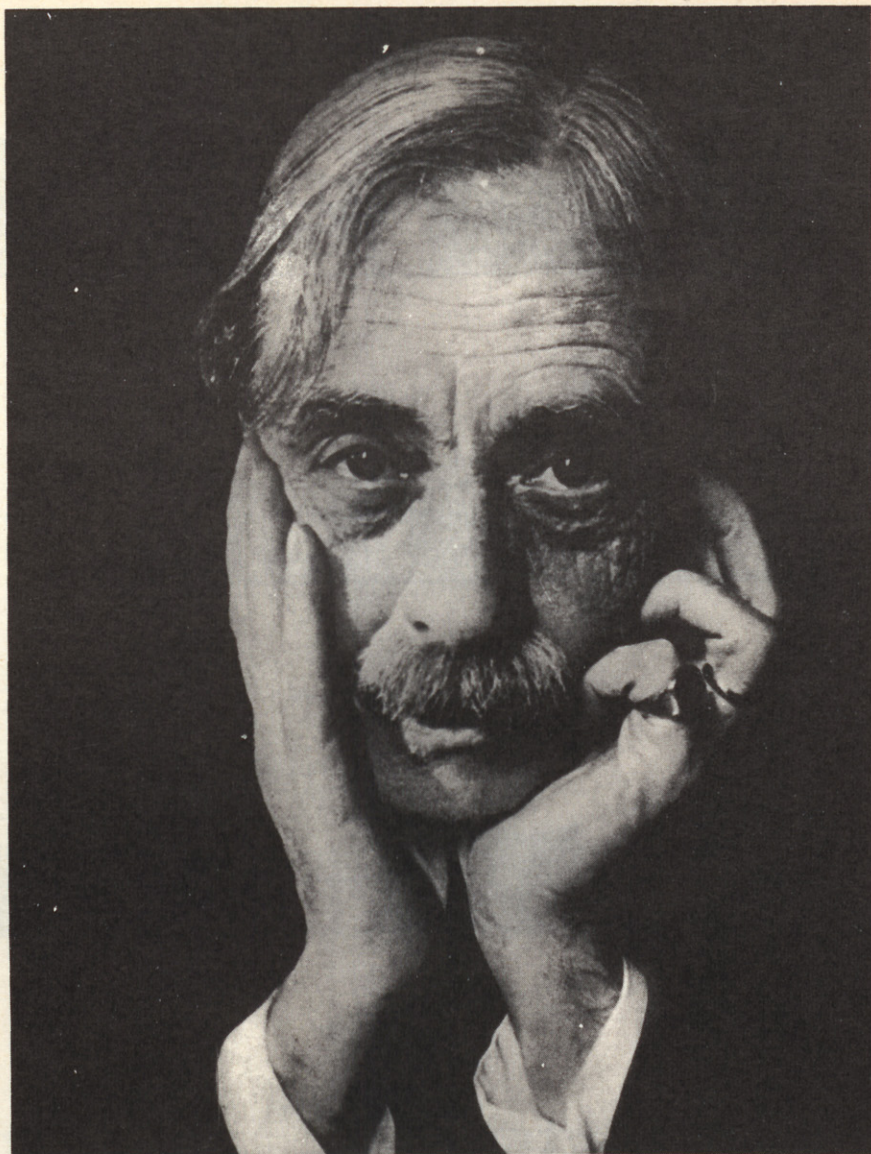


Foto Cortesía de Collection Textes et Littérature. Bordas.

Debió de ser, allá, promediando ya casi la década de los veinte, cuando cayeron en mis manos por primera vez dos pequeñas obras de Paul Valéry, escritor al que yo aún no había leído. Eran, creo “La soirée con monsieur Test” y “El alma y la danza”. Recuerdo que su lectura me produjo la impresión de un raro descubrimiento literario, entonces casi más bien adivinado, pero tan incitante que me indujo a perfeccionar afanosamente mi conocimiento del francés, ávido de hacerme con la fineza de sus pensamientos y el gusto de su estilo, ambos, como se sabe, difíciles y diamantinos. A partir de allí, los libros de Valéry, que sucesivamente iba adquiriendo, eran en mi mesilla de noche, durante largo tiempo, libros de cabecera. Y confieso que llegué a sentir con ellos, en cierto modo, respecto de su autor, análogo fenómenos al que él mismo había experimentado con respecto al poeta Estéphane Mallarmé, del que ha dicho que produjo muy poco, pero que “ese poco, apenas gustado, corrompía el sabor de cualquier otra poesía”.

Al cumplirse en el año de 1971 el primer centenario de su nacimiento, me veo especialmente solicitado por su recuerdo; y no resisto al deseo de dedicarle unas líneas, en modesto homenaje de conmemoración admirativa.

El recuerdo de Paul Valéry. Pero... ¿no es algo que pudiera parecer

hoy, acaso, un anacronismo? Cuando el logos racional se muestra tan en baja en todas las manifestaciones de la actividad pensante, no digamos en los otros sectores vitales de la sociedad; cuando el pathos, el imperio de lo patético se impone, y sus secuelas naturales: lo intuitivo, lo emocional, lo subjetivo, lo mítico, lo vago, arrastran hacia un desabrochado romanticismo sin recato; cuando lo irracional, en fin, o lo arracional alza bandera, y la más atroz confusión reina en los espíritus, la verdad es que no se ve bien qué puede venir a hacer la memoria de un hombre que, en su peripecia de escritor, una de las más originales y sorprendentes de su tiempo, hizo del culto al intelecto casi una idolatría —“no he encontrado, replicaba, otro ídolo mejor”—, y cuya figura representa como la encarnación personificada de la razón misma. (La razón, entiéndase, no en la enjuta acepción de estricto mecanismo lógico, sino como principio ordenador y filtro reflexivo de los múltiples factores que mueven al complejo mundo de la inteligencia). “Las cosas del mundo, había confesado, sólo me interesan en su relación con el intelecto”; esto es, en cuanto susceptibles de ser elevadas a categorías trascendentes. Y en su fidelidad a esta exigente actitud hizo del rigor mental —aquel ostinato rigore de Leonardo que le obsesionaba— de la voluntad de lucidez y de precisión, del método y la norma, sus instrumentos más preciosos de conocimiento, como los únicos capaces de poner alguna luz en el misterio.

En efecto, yo no sé bien cuál es hoy, en medio de la confusa situación espiritual que caracteriza a nuestra época, la vigencia que se reconoce a una tan imperativa posición intelectualista. No puede negarse que cada vez son más amplias las dudas sobre su validez exclusiva para desentrañar y discernir los significados de las nuevas realidades que están conmoviendo al mundo en sus raíces más hondas. Al decir de investigadores especializados: científicos, filósofos, historiadores, sociólogos, tecnólogos, nuestra vieja civilización occidental atraviesa la más tremenda crisis de su historia. Y entre tantos valores como vemos naufragar en ella, el espíritu, "nuestro soberano bien", es puesto en tela de juicio y pierde su soberanía. Ya no es la razón la fuente suprema del pensar y el conocer. Al amparo de las oscuras y contradictorias corrientes determinadas por, o que determinan —no está claro todavía— esta radical transformación que viene operándose en todos los dominios, los factores irracionales, o arracionales, han ido abriéndose paso, desde sus fondos ocultos, para mostrar hasta qué punto condicionan ellos el pensamiento y las ideas, y proclamarse, en consecuencia, tan importantes como lo racional, para la vida. Parece como si el hombre, sintiéndose impotente para orientar y canalizar la enorme mutación que se avecina, se viera forzado a echar mano desesperadamente de todos los recursos disponibles.

Porque lo que está ocurriendo no es, por lo visto, una modificación de la sociedad existente, a la manera en que los cambios históricos se han producido hasta ahora. "Estamos creando —dice en su reciente libro "Future shock" el profesor americano de sociología del futuro, Alvin Toffler— una sociedad nueva, con un hombre nuevo". Y a juzgar por la abundante bibliografía que aporta, los más sagaces de aquellos aludidos especialistas en materias de antropología cultural y social, coinciden en ello. Para el físico inglés y premio Nobel, George Thomson, por ejemplo, el más próximo paralelo histórico de nuestra época no es, como pudiera creerse, la revolución industrial, sino "la invención de la agricultura en la edad neolítica". Y sir Herber Read, el mundialmente conocido filósofo de arte, corrobora que estamos viviendo "una revolución tan fundamental"... que "posiblemente el único cambio comparable es el que se produjo entre la Edad Paleolítica y la Edad Neolítica..."

Esta brusca ruptura con el pasado es causa del más insólito desconcierto. A la profundidad y gravedad que aquella lleva en sí misma, se une la vertiginosa celeridad con que los cambios se suceden o simultanean. La aceleración es de tal naturaleza que nos resulta imposible alcanzar el ritmo de adaptación necesario para marchar al compás de sus pasos. De ahí el que ni los Gobiernos, ni las instituciones responsables, ni las alianzas de equipos internacionales, puedan abarcarlos y menos contenerlos. Y se empiezan a adivinar secretos temores de si el sistema entero no estará corriendo el riesgo de quedar fuera de control, como si el hombre, ante la reacción en cadena de los acontecimientos, se viera desbordado por sus propias creaciones. Y una imprecisa pero invencible inquietud, una especie de general desasosiego, parece haberse apoderado de las almas.

Pues bien; no es posible contemplar ese inquietante y caótico panorama que ofrece la realidad actual, sin proyectar sobre él mismo el recuerdo de Paul Valéry, Si la conmemoración de su genio como creador de obras incomparables de perfección y de belleza es para algunos de nosotros permanente, la actualidad que recobran sus clarividentes previsiones relativas a este estado de desorden nos impone hoy su recuerdo más particularmente como pensador político. Porque creo que nadie como él llegó a percibir y destacar, con tanta lucidez, los síntomas de esta gran revolución que está modificando en nuestros días al mundo de los humanos. La cuestión le preocupaba ya en 1895: "Una conquista metódica". Pero hace más de medio siglo que, a la vista de lo que su observación desvelaba, venía indicando los signos precursores del fenómeno y denunciándolos como gérmenes de ruina que podrían conducir a la quiebra de nuestra milenaria civilización europea. En 1919, en uno de los trabajos publicados con el título "La crisis del espíritu", nos hacía ver cómo "las civilizaciones son mortales". Nos decía que "una civilización tiene la misma fragilidad que una vida"; que "las más bellas cosas, y las más antiguas, y las más formidables, y las mejor ordenadas, son perecederas por accident". Y mediante lo que él llamaba una especie de teorema fundamental, demostraba la posibilidad de que Europa, "la parte más preciosa del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un vasto cuerpo", se convirtiera "en lo que es en realidad: en un pequeño cabo del Continente asiático". (Frase ésta que luego ha venido repitiéndose abundantemente en todos los idiomas, en el terreno político.)

Ante los peligros que él veía "amenazar muy seriamente la existencia

misma de todos los valores superiores del espíritu", Valéry no necesitó más armas ni otros instrumentos de entendimiento que los propios de su pura e irreductible posición intelectual, para prever la proximidad de la honda crisis que estamos viviendo, y discernir sus efectos. No es posible traer aquí los agudos análisis en los que tan minuciosamente diseccionaba las causas que iban a determinarla; desde la visible disminución de la sensibilidad cada vez más sumida en una especie de obnubilación, debido a las condiciones de la vida moderna; desde la consiguiente alteración regresiva, en el orden cualitativo, de las facultades intelectuales, determinada por ese embotamiento de la sensibilidad, fuerza motriz de la inteligencia; desde la tiránica reglamentación, oculta o manifiesta, que veía dominar y extenderse a todo, hasta la incoherencia mental que advertía en el cuerpo entero de la sociedad, "como si todas las cartas de la baraja se hubieran revuelto". En este orden pocos sectores escaparon a su inteligente mirada exploradora. Y en cada uno de ellos descubría lo que él llamaba los "caracteres propios del espíritu crítico: crisis de la economía, crisis de la ciencia, crisis en las letras y en las artes, crisis de la libertad política, crisis en las costumbres"... "Indicaré simplemente, añadía, uno de los rasgos destacables de este estado: el mundo moderno en toda su potencia, en posesión de un capital técnico prodigioso, enteramente penetrado de métodos positivos, no ha sabido en todo caso hacerse ni una política, ni una moral, ni un ideal, ni leyes civiles o penales, que estén en armonía con los modos de vida que él ha creado; ni siquiera con los modos de pensamiento que la difusión universal y el desarrollo de un cierto espíritu científico imponen poco a poco a todos los hombres".

La gravedad del desequilibrio era para él, ya entonces, evidente y sus consecuencias adivinables. Hoy son muchos los que perciben esa sensación de desajuste entre el llamado progreso científico y técnico y la no conseguida adaptación al mismo del hombre en el orden humanístico, es decir, en el orden espiritual y moral.

Otra observación. En 1932 escribía en "La política del espíritu": "Si pues el mundo sigue en una cierta pendiente, en la cual está ya bastante comprometido, hay que considerar desde hoy en vías de desaparición rápida las condiciones en las cuales ha sido creado y ha podido dar sus frutos, lo que nosotros admiramos más, lo que hasta ahora se ha hecho de más admirable".

La pendiente ha seguido, y continúa, según vemos, cada vez más acusada; y la acción de los acontecimientos sobre aquellas condiciones de vida en riesgo de desaparecer, mucho más rápida y devastadora de lo que él mismo, a la sazón, sospecharía.

Valéry dice tener horror de las profecías. Sin embargo, cuando señalaba la amenaza de aquellos síntomas peligrosos, se ha visto que, en su clarividencia consciente profetizaba sin quererlo. Porque lo cierto es que quienes le leíamos entonces, en nuestra juventud, y vivimos aún ahora, estamos experimentando en nosotros mismos y en nuestra circunstancia, la confirmación de aquellas predicciones. No sólo nosotros, claro está. La experiencia es general aunque sensible de verdad, realmente sensible en todo su significado y sus desgarradores efectos, creo que únicamente lo es para quienes, por la edad, la vivimos con un pie todavía en las tradicionales estructuras de ayer, y el otro en sus escombros... Es curioso. También esta impresión de derribo que suscita la palabra escombros la presintió Valéry cuando, por las mismas fechas, le parecía ya advertir en el cuerpo social como "una resolución de hacer tabla rasa, de construir un nuevo sistema del universo humano".

A sus lectores de entonces no nos queda, sustraída por los años, la esperanza de ver la aurora de la nueva construcción. Cual y cómo será ésta nadie puede predecirlo, porque nadie sabe, y esto es lo dramático, a dónde la vorágine nos lleva. Toda profecía, por tanto, siendo vana, sólo nos queda ante el ignoto porvenir, el consejo que el propio Valéry nos daba: "Lo prudente, escribía, es estar dispuesto a todo, o a casi todo". Es un sabio consejo.

De cualquier forma, los que han venido después y los que van viniendo, me refiero a los jóvenes que habrán de ver aquella aurora, abiertos ya a los horizontes del futuro, deben esperarla y afrontarla con optimismo y confianza. Porque hay que confiar en que el equilibrio espiritual renacerá, claro que sí. No, desde luego, por los viejos cauces de nuestras nostalgias; que en eso nadie piense. Vendrá un estado de equilibrio nuevo, renacido precisamente del concierto y la armonización de estas nuevas realidades que a nosotros, los que arrastramos el lastre de una formación que resulta hoy anacrónica, nos parecen tan incomprensibles, tan absurdas y contradictorias. El rico caudal de posibilidades que lleva en sí la condición humana logrará, sin duda, establecerlo.